

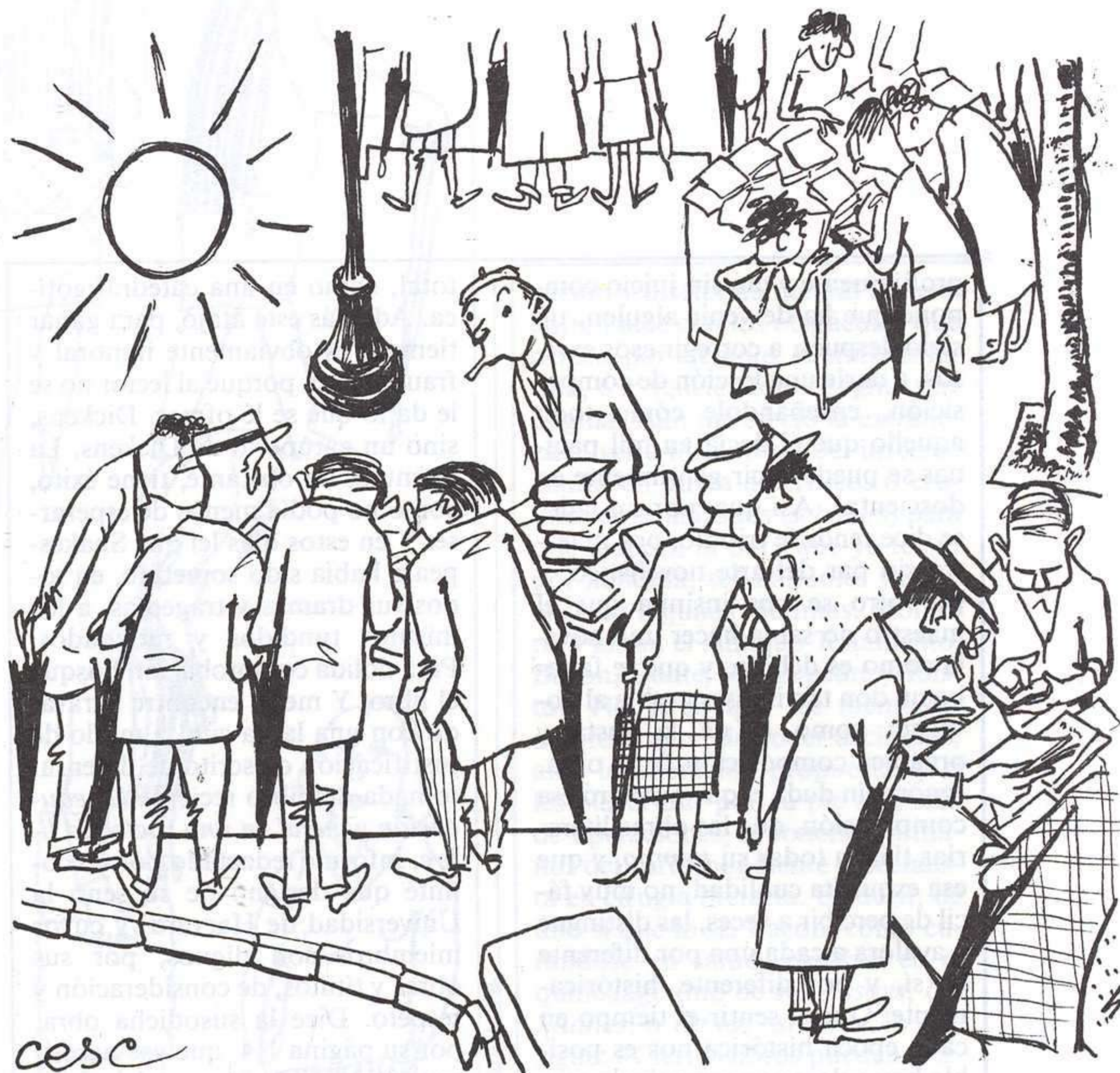
Experiencia pedagógica de un escritor

por Luis Landero*

El arte narrativo es quizás el más viejo y popular del mundo. Nos pasamos la vida contando historias, así que todos somos más o menos sabios en este terreno y, de hecho, cuando el profesor nos enseña las técnicas narrativas o las figuras retóricas, ya las hemos utilizado cientos de veces en nuestros relatos de la vida cotidiana. El autor del artículo, escritor y profesor de Literatura, propone, pues, que a la hora de enseñar literatura, si

ello es posible, se aprovechen estos conocimientos innatos, conectando los contenidos con las experiencias de la vida.

Como lector, como escritor, como profesor, alguna vez he pensado en la posibilidad de que la literatura desapareciera del mundo para siempre, pero enseguida me he consolado con la certeza de que, en efecto, podremos imaginar un mundo sin literatura, pero de ningún modo sin mesas redondas y congresos y cursos sobre literatura. Esto, a mí no me cabe en la cabeza. Es más, exaltado por esa convicción, yo me imagino sin dificultad que un día avanzado del siglo XXI, cuando parece que la cultura impresa tiene ya sus horas contadas, y sin anuncio previo, con ese repente de catástrofe con que suele asestar la historia sus mejores y más certeros golpes, ocurre que escritores, editores, distribuidores, libreros, lectores, profesores y críticos se levantan en armas contra la dictadura de la imagen. Forman patrullas de combate, toman los centros neurálgicos de las redes comunicativas, sabotean satélites y repetidores, detienen y fusilan en juicios sumarísimos a los presentadores de televisión, y un batallón de filólogos asalta y devasta esos Palacios de Invierno que serían la Metro o la ITT. Se liquida a los zares y, enseguida, en un proceso tan frenético y concatenado como el que desarticuló en un vuelo a los países socialistas, y cuyas fases y mecanismos en vano los historiadores de un futuro remoto intentarían reconstruir, se impone la dictadura mundial de la letra impresa. De la noche a la mañana, un día nos enteramos de que un poeta lírico se ha alzado con la Presidencia de los EE.UU., en tanto que al sur, el resto de América empieza a aunarse al fin bajo el liderazgo de hierro de un dramaturgo experimental. Escindido en géneros literarios y en disciplinas humanísticas, el mundo amenaza con volver a la política de bloques y a la guerra fría, y en todos los países, salvo en aquéllos donde algún premio de letrados hubiera impuesto una opción totalitaria, surgirían partidos nunca



DIARIO DE BARCELONA, 23-IV-1954.

vistos: el PC (Partido Costumbrista), la UEB (Unión de Editores de Bolsillo), el PP (Prosistas Populares), etc. Se provee de uniformes de campaña y armas automáticas a los bibliotecarios. Los profesores de literatura dan sus clases a punta de pistola. Por donde pasa el caballo de un crítico literario, ahí no vuelve a crecer más la hierba de la imagen. Taxistas y albañiles habrían de revalidar sus puestos de trabajo con la demostración de haber leído con aprovechamiento 200 libros y compuesto al menos un cuento y un soneto. No se pedirían ya *currículum vitae* sino *currículum retoricae*. Habría depuraciones, habría delaciones («Mi vecino del tercero no ha leído a Galdós ni ha releído a Juan Goytisolo»), habría torturas, sambenitos y capirotos, habría insignias y carnés, y un nuevo fantasma recorrería el mundo: el de la literatura. Ingenieros informáticos y teledictos empecinados («nostálgicos del pasado, reaccionarios»,

en definitiva) celebrarían reuniones clandestinas para ver anuncios de televisión y jugar a los videojuegos.

—Papá, ¿es verdad que antes existía una cosa que se llamaba televisión, y que le dabas a un botón y salían marcianos y asesinos?

—¿Dónde has oído esa tontería?

—No sé, lo ha dicho en clase un profesor con barba.

—Anda, déjate de pamplinas y sigue leyendo *La perfecta casada*.

Educar la sensibilidad

En fin, bromas aparte, la verdad es que yo nunca me he parado a pensar en serio en la pedagogía de la literatura. Lo he intentado ahora, para intervenir aquí, y la cosa es que no se me ocurre nada, fuera de algunos tópicos que no merece la pena reiterar, pero que, así y todo, habré de hacerlo. Como soy profesor de Literatura

prolijamente y tan sin juicio compone que ha de venir alguien, un siglo después, a corregir esos excesos, a darle una lección de composición, enseñándole cómo todo aquello que él decía en mil páginas se puede decir gentilmente en doscientas. Así que, por un lado, se dice rendirle tributo, por maestro sin par del arte novelístico; y por otro se nos insinúa que el maestro no sabía hacer una novela como es debido, y que le faltaba un don tan indispensable al novelista como el de la justa y orgánica composición de la obra. Ignora sin duda el que perpetró esa comprensión, que las obras literarias tienen todas su *tiempo*, y que esa exquisita cualidad, no muy fácil de percibir a veces, las distingue y avalora a cada una por diferente en sí, y por diferente, históricamente. Que el sentir el tiempo en cada época histórica nos es posible hoy solamente a través de esas huellas que nos deja el arte de las variadas formas de sensibilidad de lo temporal.

Tales operaciones se realizan siempre por razones extrínsecas a la obra y ajenas a su valor literario. No se motivan los cortes en consideraciones que apunten a la mayor belleza o perfección del libro, sino en supuestas necesidades exteriores del todo a él y a su propósito. Es como si un museo, para dar a conocer al público uno de esos grandes y elocuentes lienzos de Veronese o Tintoretto, le recortaran unos cuantos palmos de cada lado, so pretexto de que en la sala del museo falta espacio, y debe colocarse, junto a ésta, otras pinturas. Va también este arbitrio contra el sentido de la unidad y totalidad orgánica, de integridad de la gran obra, ya que cada escena, cada capítulo, existen en función de la obra entera, y son miembros, partes vivas, del organismo

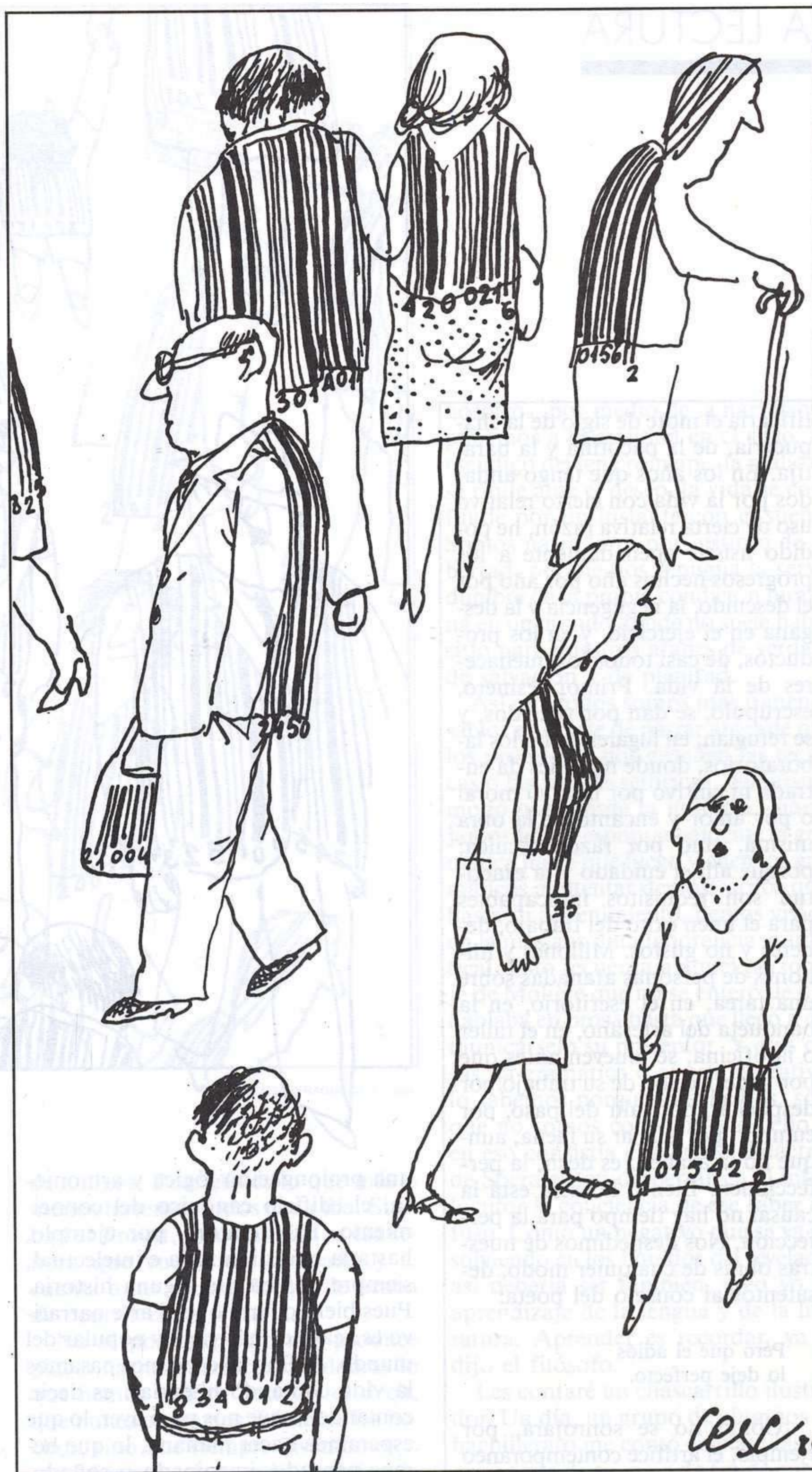
total, como en una catedral gótica. Además este atajo, para ganar tiempo, es obviamente inmoral y fraudulento, porque al lector no se le da lo que se le ofrece, Dickens, sino un gatuperio de Dickens. La fórmula, no obstante, tiene éxito, como no podía menos de esperarse. Y en estos días leí que Shakespeare había sido sometido, en todos sus dramas y tragedias, a los mismos tundidos y mondados. Para dolido comprobación busqué el libro. Y me lo encontré agravado con una larga cita, a modo de justificación o escrito de defensa, tomada del libro reciente *La educación general en una sociedad libre*, informe redactado por un comité que designó de su seno la Universidad de Harvard, y cuyos miembros son dignos, por sus obras y títulos, de consideración y respeto. Dice la susodicha obra, por su página 114, que «se necesitan versiones de las grandes obras limpias de dificultades innecesarias e infructuosas, y que merced a una obra de resumen y refactura (*editing*) se hagan más accesibles al lector común». Mucho me interesó lo de las *dificultades*: (El texto original dice: «*unnecessary and unrewarding obstacles*»). Recordaba yo cierto hermoso pasaje de Coventry Patmore, en *Religio Poetae*, donde se refiere al gusto de leer libros difíciles u oscuros para todo aquel «que busque más que simple diversión, y aunque el camino sea áspero y quebrado, con *peñas enormes y escarpadas colinas...*». Y otro, unos versos de Lope de Vega, perdidos en una comedia:

No estiman los hombres
las empresas llanas.
Todo lo que es fácil
como fácil pasa.

No menos se me vino a la memoria la utilidad que para la edu-

desde hace ya bastantes años, supongo que habré de tener por fuerza algunas experiencias pedagógicas, pero ocurre que no las tengo ordenadas didácticamente ni listas para ser expuestas. Más que un profesor, yo soy acaso un lector experimentado, y como además soy escritor, aprovecho también esa circunstancia para hablar desde esa perspectiva. Mis clases son muy sencillas: leemos y comentamos lo que leemos. En casa, los alumnos leen libros amenos y más o menos fáciles (jamás se me ocurriría dejar a solas una tarde de domingo a un adolescente con *La Celestina*, por ejemplo); en clase, abordamos lecturas más arduas (por ejemplo, *La Celestina*). Como a mí me apasiona la literatura y considero que leer es uno de los mejores placeres que existen, por eso, intento ante todo que mis clases sean razonablemente placenteras y apasionadas. Para ello cuento, claro está, con la complicidad de los autores, que ellos son los que en definitiva enseñan de verdad literatura. O mejor dicho, educan la sensibilidad. Porque, antes que enseñar literatura, hay que educar la sensibilidad. Y la sensibilidad no se enseña: más bien se contagia.

En gran parte, la literatura es una aventura personal, una revelación intransferible. Es un poco como el amor o como un dolor de muelas, que no se pueden explicar. O te enamoras o te duele la muela: quien lo probó lo sabe. Un profesor puede incitar a emprender esa aventura personal, señalar rumbos, abrir puertas, contagiar el entusiasmo —lo cual ya es mucho—, pero no se puede enseñar literatura en un sentido estricto, salvo a quienes previamente estén poseídos ya por el demonio de la literatura. Por eso, me parece una barbaridad pedagógica anteponer la enseñanza de la literatura a la formación y afinamiento de la sensibilidad artística, o de la educación estética. Eso se llama empezar la casa por el tejado. Eso es algo así como regalarle un juguete de cuer-



CESC, UNA HISTÒRIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

cación y disciplina mental tiene el enfrentarse con los obstáculos que ofrece, por ejemplo, la sintaxis latina, e ir venciendo página por página. Aún me creció la extrañeza al ver a los autores del informe acudir en busca de críticos o eruditos especializados (*scholars*) para que realicen la obra que yo tengo por nefanda, señalándoles ya con el dedo algunas víctimas: Homero, Platón, el Antiguo Testamento, Bacon, Dante, Shakespeare y Tolstoi. No sé lo que los mentados autores dirían, de poder decir algo, ante la operación propuesta, y si les placiera ir por su pie a la sala de operaciones, a ponerse en manos del correspondiente especialista en cirugía literaria. Es decir, de uno sí que lo sé. Bacon, como curándose en salud, escribió en el quincuagésimo de sus *Essays, On Studies, o De los estudios*, lo que sigue: «Ciertos libros pueden leerse por delegación, y cabe hacer extractos de otros. Por esto, tan sólo tratándose de temas de menor cuantía (*less important arguments*), y de la clase inferior de libros. De otra suerte estos libros destilados son lo mismo que el agua destilada: cosas sin gusto». Supongo que el futuro «abreviador de Bacon» no incluirá estas palabras en su periódica. Si prosigue tan feliz tendencia no tardaremos mucho en encontrarnos que la gran literatura universal ha sido escamoteada, y la sucede una serie de mixtificaciones, imposturas y engañosas, que correrán los mundos amparadas en los nombres mismos de Homero, de Cervantes, de Balzac, a los que traicionan y desnaturalizan sin reparo. Pero después de todo, ¿a qué viene tanto escrupulo si se logra el objetivo príncipe de nuestros días: ganar tiempo?

da a un niño no para que juegue, sino para que estudie la maquinaria que lo anima. De ese modo, se destruye el encanto y la espontaneidad, se convierte al niño en un adulto prematuro, se le pervierte estéticamente. Y lo mismo ocurre con el lenguaje: antes que aprovechar la pasión y la inventiva lingüísticas que hay en todo niño para fortalecer así su competencia idiomática, se le enseña sintaxis arbó-

rea. Hay cierta pedagogía insana, y un punto bellaca, que es cómplice del mal gusto que señorea hoy en nuestra sociedad.

Narradores por instinto

Existe en el hombre, desde la niñez, un saber espontáneo y difuso sobre el que quizás habría que construir, como

La vía de la selección

«Plus élire que lire.»

Paul Valéry.

La tentativa de la fuerza bruta, la carnicería y matanza realizadas sobre las obras clásicas a nada lleva, sino a la evasión del problema so capa de resolverlo. Tampoco el intento de los aceleradores de la lectura, el hacer violencia al tiempo, conduce muy lejos, entre otros motivos porque la víctima del ataque se defiende muy bien. Y las otras técnicas —excluida esa de la prisa, por inadmisible—, las de las *Artes* de tal cual o cosa, procuran parvo y muy relativo remedio a la desesperada situación. Lo que conviene es conformarse: conformidad con el tiempo que nos es dado por providencia de Dios, sin propinas ni estirones posibles; conformidad, en consecuencia, con esa realidad que se nos impone de no leer en ese trecho temporal más libros que los que en él queda leer, honda, fecunda y delicadamente. ¿Que no pueden ser muchos? Pues que sean buenos. De Séneca en adelante abundan los testimonios de varones ilustres que se pronuncian en favor de los pocos libros bien leídos, y en contra de los muchos leídos malamente.

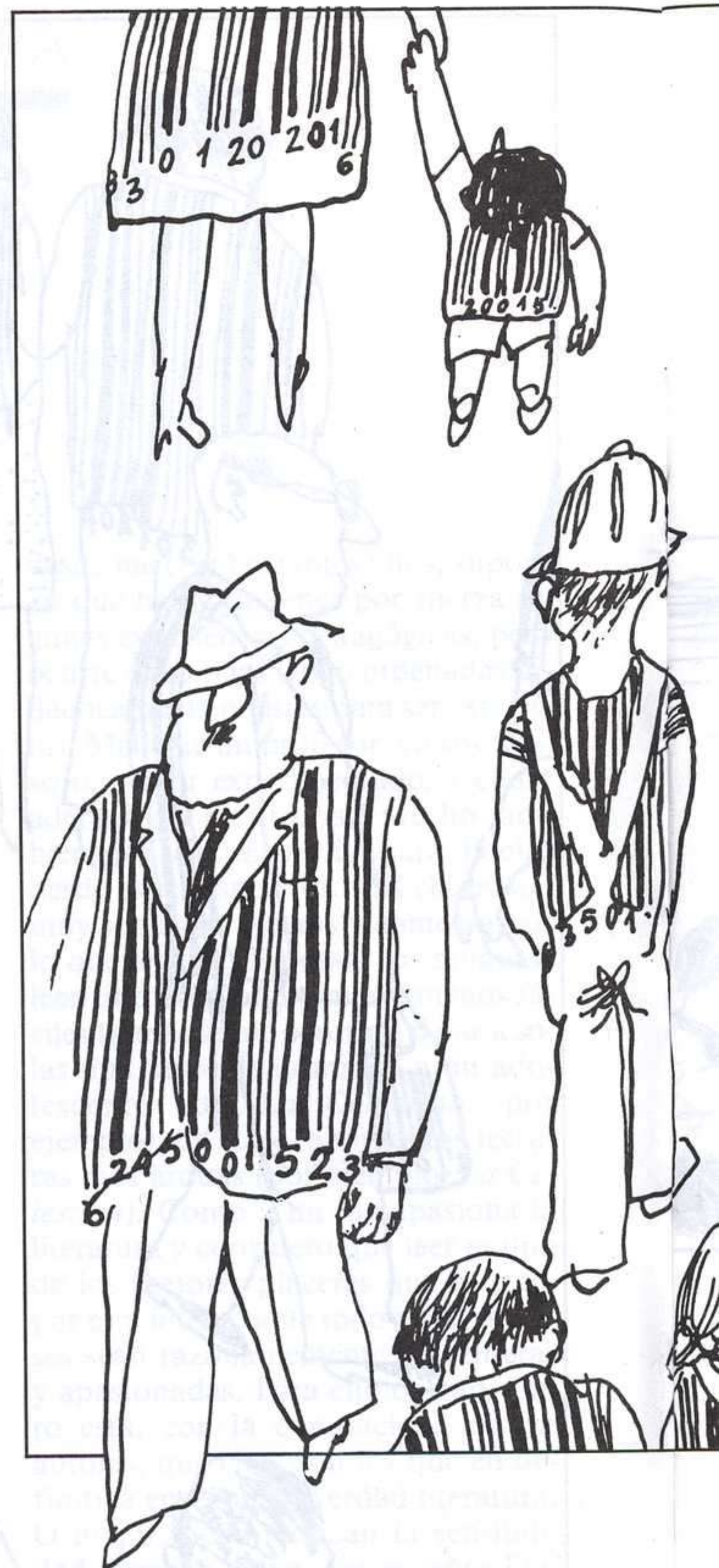
El siglo XX y la chapucería

Por desgracia nuestro siglo no se aparece como el más inclinado y propenso al bien leer. Esto de hacer bien las cosas va quedando reservado, en nuestros días, a unos pocos sectores de la actividad humana: los laboratorios, los campos de deportes y las secciones de contabilidad. Allí sí que se apura mucho. En el resto, nuestro siglo jus-

tificaría el mote de siglo de la chapucería, de la pacotilla y la barajita. En los años que tengo andados por la vida con cierto relativo uso de cierta relativa razón, he podido asistir apenadamente a los progresos hechos año por año por el descuido, la negligencia y la desgana en el ejercicio, y en los productos, de casi todos los quehaceres de la vida. Primor, esmero, escrúpulo, se dan por vencidos, y se refugian, en lugares como los laboratorios, donde no se les da entrada ni cultivo por motivo moral o por amor y encanto de la obra misma, sino por razón técnica: porque allí el cuidado y la exactitud son requisitos inescapables para el buen éxito del trabajo, deberes y no gustos. Millones y millones de personas afanadas sobre una tarea, en el escritorio, en la banqueta del artesano, en el taller o la oficina, se mueven antes que por la perfección de su trabajo por despachar, por salir del paso, por cumplir; por acabar su faena, aunque no la acaben, es decir, la perfeccionen. Bien a la vista está la causa: no hay tiempo para la perfección. Nos despedimos de nuestras obras de cualquier modo, desatentos al consejo del poeta:

Pero que el adiós
lo deje perfecto.

¿Cómo no se sonrojará, por ejemplo, el artífice contemporáneo —que sin duda se toma por muy superior, en cuanto que contemporáneo, al de todas las épocas pasadas— al mirar en las vitrinas de los museos las joyas primorosas del siglo XVI y XVII? Se vaga por las salas del Louvre, del Victoria and Albert, y la vista cae sobre prodigiosos objetos de marfil, sobre manuscritos cubiertos de miniaturas, obras de aquellos siglos que ciertos maestros, llaman bár-



una prolongación lógica y armoniosa, el edificio canónico del conocimiento. La literatura, por ejemplo, hasta la más discursiva e intelectual, siempre nos cuenta alguna historia. Pues bien, ocurre que el arte narrativo es acaso el más viejo y popular del mundo. Al fin y al cabo, nos pasamos la vida contando historias: es decir, contando lo que nos pasó ayer, lo que esperamos hacer mañana, lo que hemos pensado, imaginado o soñado, contando lo que alguien nos contó, o recordando, que es también una forma de narración. Todos somos Simbad, ese mercader que vive pacíficamente en Bagdad y que un día se embarca para ir a negociar a lejanas tierras, sufre un naufragio y corre aventuras magníficas. Y esto le sucedió siete veces. Luego, con los años, regresa definitivamente a Bagdad, retoma su vida ociosa y se dedica a contar sus andanzas a un breve auditorio



CESC (FRAGMENTO), 1984.

de amigos. Pues eso es lo que más o menos hacemos todos cada día. Simbad es Proust, pero también es esa señora que vuelve del mercado y le cuenta a las vecinas lo que le acaba de ocurrir en la frutería.

No sé por qué, pero nos produce placer narrar, recrear con palabras lo que hemos vivido. Recrear: es decir, que nunca contamos fielmente los hechos, sino que siempre inventamos o modificamos algo: a la experiencia real le añadimos la imaginaria, y eso es sobre todo lo que nos produce placer. De ese modo, vivimos dos veces el mismo hecho: cuando lo vivimos y cuando lo contamos. A menudo pasa que, en la realidad, hemos representado papeles secundarios en un suceso; al contarlo, sin embargo, nos reservamos el papel de protagonistas (aunque sólo sea porque lo contamos desde nuestra perspectiva). La realidad nos pone en nuestro sitio; luego,

nosotros, por medio de la narración, ponemos a la realidad en el suyo. El mendigo deviene príncipe, la realidad se rinde ante el deseo, la vida se confunde por un instante con el sueño. Somos narradores por instinto de libertad, porque nos repugna la servidumbre de la propia condición humana en un mundo donde no suele haber sitio para nuestros afanes de verdad, de salvación y de plenitud.

Así que todos somos más o menos sabios en el arte de narrar antes de que los profesores nos enseñen las técnicas o las figuras retóricas, del mismo modo que, desde la infancia, manejamos feliz y espontáneamente la gramática hasta que luego vienen los gramáticos a intentar demostrarnos que, hasta su advenimiento, hemos vivido en la más absoluta ignorancia gramatical. Esto recuerda a aquel personaje de Molière que no se enteró de que hablaba en prosa hasta que llegó a comunicárselo su preceptor. Y esas cosas, la gramática o el arte narrativo, lo sabemos porque lo sabemos, sólo que no somos conscientes de ello, y en eso consistía el método didáctico de Sócrates: en despertar en el interlocutor la conciencia de ese saber difuso. Como un negativo que se va resolviendo en los líquidos del revelado, así debería ser también, creo yo, el aprendizaje de la lengua y de la literatura. Aprender es recordar, ya lo dijo el filósofo.

Les contaré un chascarrillo ilustrador. Un día, un grupo de alumnos de bachillerato me contó en clase las experiencias de su viaje de fin de curso. Allí había simultaneidad (hablaban varios a la vez mezclando distintas secuencias del relato); daban versiones alternadas del mismo hecho según el punto de vista de cada cual; combinaban la primera, la segunda y la tercera personas; unos contaban retrospectivamente y otros linealmente; daban saltos en el tiempo (uno anunciaba el final y otro decía: «Sí, sí, pero espera, que antes hay que contar lo que pasó en el autobús»); se interrumpían,

baros, el XII, el XIII. Se traspasa el umbral de una catedral gótica, y la luz que nos alumbra viene cernida por vidrieras de labor finísima, construcciones tan delicadamente pensadas como ejecutadas en su materia. Junto a eso el siglo *progresado*, el gran siglo del progreso, opone el «cinco y diez», los artículos de pasta hechos en molde, la mercancía de munición. Y es porque premura y voluntad de número, de cantidad, obligan a producir mucho, sea como sea, a hacer de prisa; lo cual equivale, casi siempre, salvo en el caso del genio excepcional, a hacer mal, o a producir cosas que lo mismo da que existan o no. ¿Será posible, en un mundo donde casi todo se hace de cualquier modo, aspirar a que las gentes hagan una cosa bien, leer? ¿Y para leer bien, leer menos libros?

Pereza y cantidad

Por raro que suene, para mí eso de leer muchos libros puede venir de propensión perezosa, de laxitud de voluntad. Recorrerse a la ligera, superficialmente, seis volúmenes apretados, da menos trabajo que leerse a fondo un diálogo de Platón. Por eso se nos desoyen tantos consejos para leer menos y mejor: ¡es tanto más fácil leer más y peor! Y luce, en sociedad; tanto en la sociedad de los letrados como en la de los nescientes. Éstos se asombran siempre de «lo mucho» que ha leído uno. Y aquéllos, también presos dentro del concepto numérico de la cultura, admiran o envidian al colega incansable que sabe decir unas cosas del libro de ayer, que «está al corriente». Sostengo, por caprichoso que parezca, que el leer muchos libros afanándose de tomo en tomo, sin pausa, no es sacrificio; el sacrificio estaría, en todo caso, en esforzarse por leer

mejor; aunque al parecer sea más descansado, en realidad demanda más energía espiritual, del mismo modo que al sistema cardíaco y pulmonar se le da más trabajo recorriendo seis kilómetros por riscales y serranías que doce por llanadas.

Pero convenidos en que ha de leerse menos, se trata de que esa disminución del número de libros no dé en merma de nuestro provecho y placer, ni en rebajo de su altura. Ha de ser una *aminoración selectiva* que, por sabia manera, nos aumente, quitándonos. A menos unidades —libros— leídas, se ha de obtener más; y disminuyendo la cantidad tiene que acendrase la calidad. Esta vía de lo selectivo nos abre un ancho horizonte. Pero antes de ir hacia él se nos impone pensar un poco, y no aventurar nuestros pasos sin discurso ni prudencia.

¿Cuál ha de ser el criterio selectivo? ¿Cuáles sus modos operantes y sus órganos? ¿Quién es el llamado a elegir, cuáles sus títulos y sus principios? Porque si la observación de los hechos no nos engaña, al infortunado lector que en busca de luces eche por esta vía le esperan tropiezos nuevos y riesgos mayores.

Credo

Creo, como yo anticipé, que el hombre moderno ha de aconsejarse a sí mismo ciertas limitaciones en ese desordenado apetito por la lectura que algunos dan por señal cierta de superioridad. Resignarse a no saberlo todo, de todo. No nos pongamos en el camino de morir de atracones, de finar la vida por donde queríamos prolongarla. Esa voracidad que hace a muchos embaularse página tras página, a la carrera, sin tiempo para tomarles



pían unos a otros fragmentando el relato; utilizaban distintos registros: patético, irónico, notarial, burlesco, barrocos unos, clásicos otros, y otros románticos y otros impresionistas; hacían cambios bruscos de perspectiva; incurrieron en digresiones; a unos les gustaba narrar y a otros describir y a otros especular... Yo les juro que ellos no habían leído el *Ulises* de Joyce, ni *La montaña mágica* de Thomas Mann, ni a Proust ni a Musil. Así que yo me prometí a mí mismo que, cuando tuviese que explicarles algo de teoría literaria, haría como Sócrates: despertarlos a la conciencia de un saber que ellos ya sabían, pero que no sabían que lo sabían.

¿Enseñar literatura?

Y algo semejante ocurre, por poner otro ejemplo, con el tiempo narrativo. El tiempo de los libros, el tiempo escrito, se parece mucho al del recuerdo. *El diablo de la botella*, de Stevenson, es un relato que ocupa unos dos años y medio: 30 meses. De ellos, casi todos están despachados convencionalmente, y la verdadera acción ocu-

pa unas cuantas horas de unos cuantos días, dispersos en esos 30 meses. En la vida diaria y objetiva, sin embargo, no podemos omitir el tiempo anodino: lo tenemos que vivir todo, minuto a minuto. La vida, con su tiempo lento y a menudo vulgar, se nos antoja a veces una suma de peripecias irrelevantes. Pero si uno mira el pasado, entonces advierte una trama de episodios significativos. La vida, de pronto, tiene un argumento, y se parece mucho a una novela: el tiempo gris ha desaparecido, o hace las veces de un hilo que uniese las perlas de nuestras mejores o más intensas experiencias. La vida, en el presente, es como un tapiz visto muy de cerca: no vemos sino las minucias, las insignificancias del entramado; cuando nos alejamos, distinguimos nítidamente sus figuras.

Así que la memoria selecciona y poetiza el pasado, y convierte nuestra vida en una obra de arte. Cuando recordamos, la memoria nos está ofreciendo una lección magistral y práctica de teoría literaria, de manejo del tiempo imaginario.

Voy a ilustrar, con un breve ejemplo, cómo la memoria poetiza el pa-



DIARIO DE BARCELONA, 23-IV-1987.

sado. Gracias a los rotos del olvido, en la memoria se reúnen sensaciones que jamás existieron juntas, sino en tiempos diferentes. Eso se llama sinestesia: verde viento, dulce melodía. Es decir, sensaciones inencontrables en la realidad objetiva. Y es que ocurre que las cosas sólo pueden recordarse con fidelidad una vez. A la segunda, el recuerdo está ya contaminado por algún detalle de la primera evocación. Si yo rescato hoy un color azul de hace tres años y en ese instante oigo la risa de un niño, quizá cuando quiera recordar el color años después, recordaré también la risa, y llegará el momento en que no se conciba el uno sin la otra, y entonces habré de decir: «Azul risueño», y juraré que es una expresión tan oportuna como real. En la memoria se quiebra la linealidad del tiempo, y sus pedazos se mezclan como si los barajásemos. Antes que en la literatura, la sinestesia existía ya en la vida: es una consecuencia del naufragio del tiempo en la memoria. La sinestesia es una experiencia existencial. Entre *azul* y *risueño* hay una elisión de varios años. Por eso, el presente no es poético, por eso Funes el memorioso no podría haber incurri-

siquiera el gusto, es muy a menudo, en vez de muestra de potente apetito y cabal salud, indicio de vanidad y ambiciones, de un acucioso afán de lucir, de aparentar; nuevo hijastro de la manía cuantitativa. «Hay que estar enterado»; «*il faut être à la page*». Estos dichos actúan como mandamientos, en muchas almas inocentes o presuntuosas, que antes se declararían reos de parricidio que confesar que no han leído este o aquel libro de moda, o realmente importante. Doquiera se encuentra hoy día de esos «cultos» archileídos, que destilan citas y chorrean autoridades sin que por ninguna parte se les note el juicio que la frecuentación de tantos juicios debía haberles dado.

Y en los ejemplos mejores, cuando ya no media, consciente o inconscientemente, el estímulo de la vanidad, sufre el hombre moderno de un delirio de lecturas, equivalente al delirio de grandezas del megalómano vulgar. En Norteamérica se llama a un cierto tipo de amante frenético de las riquezas «*the get rich quick*», «el hacedineros apresurado». Este hombre arroja toda su energía, bien mondana de escrúpulos y distintos éticos, a la faena de amontonar dineros a toda prisa y a cualquier costa. En la esfera intelectual también se encuentran acelerados, que todo lo atropellan por añadir cifras y nombres a su haber de lecturas. Y de ahí una cierta angustia, de frecuente observación, en bastantes intelectuales; son los angustiados acuciados de secreta y, por lo demás, noble ambición de ganarle la carrera al tiempo y a los números, y leerlo todo. Cualquier selección implica renuncia. Y si no hay más vía de salvación que la selectiva, el primer paso de la facultad de elegir ha de consistir, por penoso que sea, en renunciar a esa pre-

tensión totalitaria de la lectura. Se atribuye a un campesino español el apotegma bien conocido: «Todo lo sabemos entre todos.» ¿Por qué no va a trasladarse a «Todo lo leemos entre todos»? Ése es el gran consuelo de los autores secundarios, en los que pensaba con maternal delicadeza Virginia Woolf. Cabe la esperanza de que siempre habrá unos ojos que caigan noblemente curiosos sobre un libro de versos de segunda o tercera vez, de esos desvalidos o desdeñados por los profesores; o que discurran, gustosos, por una novela poco transitada en nuestros días.

Creo que la facultad señora en la lectura ha de ser la selectiva; pero de la lista no *se parte*, como querrían los abogados de las centenas; a la lista *se llega*. Ése es el magno error de enfoque: empezar, artificialmente, por donde ha de acabarse, naturalmente. La faena de echarse cada cual sus cuentas sobre los mejores libros corresponde a cada individuo, es tanto derecho como deber, y, en consecuencia, intrasferible. Ni esa selección puede venir impuesta autoritariamente desde fuera, ni es dable formularla en cifras inflexibles o en nombres tasados. Si el alma es atributo supremo del hombre, la lectura, función nobilísima suya, por respeto a tantas dignidades, nacidas para el ejercicio del libre albedrío, nunca se las debe forzar con esos tranquilos de periócas, listas y clásicos abreviados. La decisión sobre la validez y eficacia espiritual que tengan en una persona las páginas de una tragedia de Shakespeare o una novela de Dickens, sólo a esa persona le corresponde, después de habérselas leído todas. Late, por detrás de esos *tratamientos* para lectores, una cierta desconfianza en el ser humano, en sus potencias de discernimiento para llegar a saber lo que le gusta, y por

qué, soltándose de las fáciles andaderas.

Si esa tarea de la selección no tiene más actor posible que cada uno, tampoco tiene otro tiempo marcado, asignado para un cumplimiento, que no sea el tiempo de la vida entera. Se inicia con el advenimiento y ejercicio consciente de la razón, y no hay límite que poner a su práctica más que el que forzosamente aguarda, cuando antes, cuando después, al de todas las cosas humanas. La lectura, que no es actividad meramente racional ni emocional, que es concurso feliz de las varias potencias del alma y a todas debe incluirlas en sus labores y en sus fiestas, ha de seguirnos por nuestra vida, ceñida a sus vueltas, ajustada a sus pasos, inseparable de ella, viviéndose en sus distintos estados y edades. Y tiene la virtud de operar en nuestra existencia, compensadamente y a contra-tiempo; porque cuando empiezan a flaquear y a traspillarse ciertas facultades y energías corporales, ella se siente más capaz y segura de sus obras, y consuela al hombre de otras faltas, transfiriendo el placer y la dignidad de vivir a sus más altos asientos. De suerte que la famosa lista de libros preferibles se presenta únicamente posible en forma de codicilo testamentario y última palabra.

Entonces, se dirán algunos, a vueltas de tanto discurrir, ¿lo único que se propugna es dejar al apurado lector solo frente al monstruo, sin norma y sin arma? No. Si propongo que despida a esa tropa de tutores, guardadores y mediadores, no es para abandonárselo, fácil presa, a las garras de su enemigo; es porque creo que su defensa a él le corresponde y que él tiene que ejercitarla, sin vicarios. Pero hay que enseñarle a defenderse. Ése es el deber de la sociedad. Y ahí viene el último artículo de mi credo.



CESC (FRAGMENTO), 1954.

do en sinestesia, porque el olvido, y por tanto la invención poética, le estaba vedado.

Con todo esto podría quizá pensarse que la pedagogía puede llegar a ser el asunto más sencillo del mundo cuando se conectan los contenidos con las experiencias de la vida, y cuando hay pasión, amor y sentido común. Y así debía de ser. Sin embargo, todos sabemos que el diablo dispone las cosas de otro modo. Yo soy lector, escritor y profesor, por este orden. El lector que soy piensa a veces que la experiencia estética tiene mucho de revelación personal, y que en esa medida es intransferible y casi incommunicable. Y pone aquel ejemplo que aducía Tolstoi de un ciego al que intentaban explicarle cómo era el color blanco. «Es como la leche», le decían. «Entonces, ¿se vierte?», preguntaba el ciego. «Bueno, digamos que es como el papel.» «Luego entonces, ¿cruje?» «No, digamos que es como la nieve.» «Entonces, ¿es fría?», inquiría el pobre ciego. No había modo de transmitir aquella experiencia elemental. El profesor que uno es, sin embargo, es menos tajante y piensa que, a pesar de todo, algo se puede hacer: si no enseñar literatura, sí poner a los alumnos en disposición de dejarse seducir por ella. Los dos, con los años, han ido sucumbiendo a la paradoja de que la literatura se aprende pero no

se enseña. Al menos, en eso están de acuerdo los dos.

Pero luego viene la realidad con sus rebajas. Miren ustedes: un alumno medio de tercero de BUP o de COU lee silabeando y a trompicones, tiene dificultades casi insalvables para entender el editorial de un periódico, escribe con oraciones simples donde apenas aparecen otros verbos que *ser* y *estar*, su bagaje léxico es exiguo, quiere explicar algo y no le alcanzan las palabras. Pero, eso sí, cuando salga a la calle, o cuando llegue a su casa, los hechiceros de la cultura de masas, en complicidad con la mayoría de los ciudadanos, le tendrán preparado el desquite por medio de algún espectáculo con el que hace tiempo que no consigue conectar la cultura escolar. Lo que la escuela enseña, el mal gusto social lo niega y escarnece. De ser el gran consejero áulico, la vieja y noble cultura humanística, y también la literatura, ha pasado a desempeñar funciones de bufón, y a competir desventajosamente con los otros bufones que ha aportado la más ínfima cultura de masas. Como mucho, le queda aún el pálido resplandor de lo que un día fue: es un bufón cuyos chistes plantean todavía enigmas, y cuyo fulgor estético y moral puede llegar a provocar la alta emoción, y la alta amenidad, del arte y del conocimiento. Pero el hombre común de hoy está cansado de enigmas, y en cuanto a la emoción y amenidad estéticas, los otros bufones las proporcionan más baratas, cómodas y bonitas.

Y, sin embargo, pocas cosas hay tan necesarias hoy como enseñar historia, filosofía o literatura. Porque si ellas no consiguen civilizar a este mono que parece no acostumbrarse a vivir sin el rabo, no sé yo qué otra cosa podría salvarlo. Particularmente, espero que no sean ni los dioses ni los caudillos. ■

* Luis Landero es escritor.

Ponencia del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.